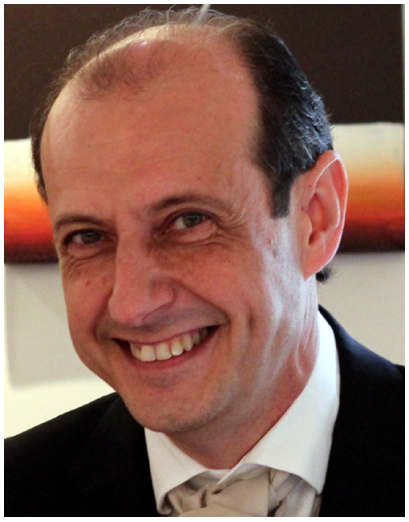


(JUAN MANUEL QUERO , 24/05/2013) | Nuestra sociedad, nuestros políticos, el lugar donde nos movemos deberían de tener un referente adecuado sobre la importancia de que exista una buena comunicación. Se resquebrajan las estructuras sociales por falta de una comunicación adecuada, creándose núcleos estancos, a modo de satélites que no llegan a tener una interconexión fructífera en el diálogo social. Desde los elementos más altos hasta los inferiores, se demanda un cambio, una ética de la comunicación en al que necesitamos hacer una profunda reflexión. La Torre de Babel, de los tiempos del Antiguo Testamento, se vuelve a levantar en nuestros días de forma muy sofisticada, con una gran tecnología comunicativa, pero con códigos deteriorados, que no permite la fluidez mínima, para entenderse de forma satisfactoria, surgiendo una gran desconfianza, que produce un aislamiento que mata.

La mayoría de los problemas existenciales tienen que ver con la «comunicación». La Biblia misma es un diálogo entre Dios y el hombre, que comprende una comunicación no solo vertical, sino transversal, es decir también del hombre con el hombre, pero de una forma determinada por Dios mismo. Moisés tuvo que hablar con Dios, y Dios con él. Además, Moisés tuvo que hablar con todo un pueblo, y con el mismo Faraón, pero los códigos de comunicación se los daba Dios también. La Biblia se ocupa bastante del tema de la comunicación, tanto es así, que para Cristo, se utiliza la metáfora de «logos» («palabra»). En el Nuevo Testamento también encontramos bastantes enseñanzas al respecto. El apóstol Pablo aconsejaría a Timoteo que evitara la vana palabrería (2ª Tim. 2:16), y abundaría tanto él como los diferentes escritores, a ser honestos en la forma de comunicar, enseñando aquello que realmente se aprendió y vino de Dios. El evangelista, Lucas, tal como explica en su evangelio, tendría la responsabilidad de ordenar por escrito, todos aquellos hechos inspirados (Lc. 1:3).



Juan Manuel Quero